

# Escribir con la mirada

Pablo  
**del BARCO**

Pones el ojo y te inventas la llaga; justamente ahí nace el poema, el poema visual. Las palabras quedan a la espera, rezagadas porque algo más efectivo y urgente se les ha adelantado. Las imágenes exigen una gramática más rápida, con menos preceptos, más universales; nunca tropiezan en ortografías erradas o equívocas ni en diccionarios apriorísticos porque son interpretables en otra dimensión.

Pones el ojo y empieza la tarea, sin esfuerzo, sin lucha apremiante por escoger el término; llegará con la sola exigencia de su naturaleza, sin la perentoria necesidad de abrirse camino entre definiciones establecidas, sin académicos de rango que establezcan su ortodoxia y viabilidad. Pones el ojo y como lengua pegajosa de camaleón traerás la imagen a tu mente, el flexible y vasto laboratorio en el que toda acción es posible, incluso la más arriesgada e improcedente, sobre todo las más arriesgadas e improcedentes. Hablar a veces no es gratuito; mirar sí, ver también, y es condenadamente íntimo; lo difícil es que los demás entiendan nuestra visión, el por qué, dónde y cómo construimos los objetos-poemas propuestos; mucha veces nada importa el proceso; sólo el resultado. La manipulación en el campo visual es más pura, la literaria exige un tránsito complejo desde el concepto a la expresión.

Pones el ojo del revés, hacia el interior y ves lo que posiblemente no vean los demás, o si lo ven no lo dan como válido, útil, trascendente; es tuyo, solo tuyo. Allí está el poema en ciernes, tratando de abrirse paso a la luz, que tú enfocas buscando ofrecerlo más tarde desde la mejor perspectiva. Reconoces que desde la apreciación de elementos se produce una inconsciente destrucción de los mismos —tienes que hacerlos tuyos—, que se asentarán más tarde en un todo armónico: es la nueva imagen en tu mente que saldrá al exterior propuesta como poema.

Has hecho poco esfuerzo, poca inversión mental para aprehender los elementos que compondrán el «poema visual», y no demasiada inversión en proponerlo, ofrecerlo a miradas no profesionales. El proceso es ágil en su pre-enunciado y diverso en su propuesta. Y esencialmente económico en los materiales que usa, por la no necesidad de códigos específicos, la ausencia de una gramática establecida. Es, además, estrictamente individual, íntimamente personal, pero que será asumible en su enunciado por una masa general, ambigua, al margen de cualquier calificación cultural o ética. La aprehensión de elementos originales que crearán el poema, inmediata y no reflexiva, facilita la difusión generalizada para elementos también generales. La fórmula de la aprehensión inconsciente facilita la difusión emocional.

Otro aspecto importante es la gratuidad de la captación, que facilita la recepción. También el hecho de no ofrecerlo como un producto de calificación cerrada en el mercado del arte o de la cultura ayudará a su difusión; no produce el rechazo que tiene a veces para los no iniciados en consumos explícitamente artísticos. Todo se desarrolla inicialmente en el mundo de la inconsciencia, aprehendido de manera involuntaria y aleatoria, dependiendo inicialmente del gusto particular más que de una catalogación previa.

En una geografía del esfuerzo por proponer, visionar y aprehender el poema podríamos imaginar esferas conformadas por el creador —poeta—, el lector y el poema de múltiple contenido, en función de las características de emisor y receptor. El poema queda siempre intocable y puro. Y el lenguaje universal en el que se mueve abre tantas vías como espectadores existan, de manera que no se puede sentir constreñido o limitado por una sintaxis específica.

Yo, como creador, aspiro a esa pureza del poema para que pueda ser conocido, disfrutado, por el mayor número de «lectores», que acudan a él de manera ingenua, sin prejuicios. No lo construyo con un destino concreto —salvo el del horizonte en libertad—, para que se expanda entre un tipo de espectador de una clase cultural indeterminada y plural. La libertad de creación queda salvada, la de aprehensión también; el poema es libre para circular en cualquier sentido, en la dirección que cada uno lo solicite. Libres autor y poema, el lector ha de sentir esa libertad de lo propuesto y considerar el poema activamente suyo, sin trabas ni reservas. El poeta visual ha cumplido su propósito: transformarse en un verdadero promotor y transmisor, que es la verdadera función del creador no dogmático.